

CIEN AÑOS DE PSICOLOGIA

En 1879, Wilhelm Wundt fundaba en Leipzig (Alemania) el primer laboratorio de psicología experimental. Hay quienes mantienen que William James ya operaba por ese tiempo un laboratorio en Harvard. En cualquier caso, es indudable que el laboratorio de Leipzig jugó un papel esencial en la configuración de lo que hoy se suele entender por psicología. Con Wundt se formaron hombres de la talla de O. Külpe, E. Kraepelin, C. Spearman, E. Titchener, V. Bechterev, J. Cattell, S. Hall y otros muchos, que expandirían y multiplicarían la iniciativa del sabio alemán.

Cien años han transcurrido desde entonces, cien años que han permitido a la psicología convertirse en una de las ramas más frondosas de las ciencias sociales. Difícilmente puede decirse que la psicología sea en la actualidad una ciencia en su infancia, a no ser que con ello se esté emitiendo un juicio de valor. Es claro que hoy tenemos una mejor comprensión del ser humano, de los complejos factores que trenzan el desarrollo de su personalidad y dinamizan su comportamiento. Sin embargo, es difícil sopesar en qué medida la psicología ha colaborado a mejorar la situación humana. Y, aun cuando es innegable que la psicología ha rendido estimables servicios en determinadas ocasiones o a determinados individuos, resultaría aventurado afirmar que sus efectos han sido siempre o globalmente positivos.

Uno de los conflictos que más ha afectado el desarrollo de la psicología —para bien y para mal— ha sido su voluntad extrínseca de convertirse en ciencia, entendida ésta según los criterios de las ciencias físico-químicas. Esta voluntad se convirtió en una especie de dogma para quienes, como Watson, el método debía anteponerse al contenido. Paradójicamente, si la psicología norteamericana extendió sus intereses a casi todos los terrenos del quehacer humano, lo hizo a menudo con una visión parcial, indebidamente restringida en la naturaleza y alcance de sus preguntas. Una aceptación más o menos implícita del dualismo cartesiano cortó el vuelo de la incipiente psicología, que cayó en la trampa mecanicista. La alternativa no se cifraba tanto en optar en

tre una psicología “con” o “sin” alma, cuanto en el tipo de preguntas que se planteaban. Lo que estaba y sigue estando en juego es el papel del hombre como sujeto de su propia actividad —planteamiento kantiano, que hoy resurge en varias corrientes psicológicas y que resucita buena parte de la psicología intencional de Brentano. En la actualidad, el debate se sitúa a diversos niveles entre quienes defienden un enfoque “externalista” y quienes propugnan una visión “internalista” —que no es necesariamente lo mismo que un enfoque objetivo o subjetivo. ¿Actos o respuestas? ¿Causas o razones? El punto está en si la conceptualización de un fenómeno como psicológico es independiente o no de lo que se considera como explicación psicológica. En el fondo, se cuestiona el que la psicología como ciencia pueda o deba entenderse en el mismo sentido que las ciencias naturales.

Si en sus primeras etapas la psicología estuvo marcada por el sello de la idiosincrasia alemana, es claro que después de la Primera Guerra Mundial la psicología se ha norteamericanizado. Este cambio de enraizamiento ha afectado profundamente el desarrollo de la psicología, perdiendo quizá en profundidad lo que ha ganado en pragmatismo. En manos norteamericanas, la psicología fue revistiendo ciertos tonos de optimismo algo ingenuo; se pasó de una visión fundamentalmente instintivista a una concepción ambientalista, en la que el hombre era producto de su aprendizaje individual. Dos nombres condensan estos diversos enfoques: Sigmund Freud y B. F. Skinner, probablemente los dos hombres más influyentes en estos cien años de psicología. Es claro que psicoanálisis y conductismo operante conllevan dos visiones radicalmente distintas de la naturaleza humana, como distinta es la naturaleza de su proyección social: un abismo separa el “malestar en la cultura” freudiano del utópico “Walden dos” skinneriano. Sin embargo, ambos enfoques han permitido a la psicología explorar productivamente áreas muy diversas del quehacer humano. Y si es cierto que la cosmovisión freudiana tiene una grandeza de que carece el conductismo operante, no es menos

cierto que éste ha sido capaz de fructificar en áreas en que el psicoanálisis había permanecido estéril.

Entre Freud y Skinner, una tercera figura ha ido emergiendo en la psicología contemporánea con fuerza propia y arrastre cada vez mayor: Jean Piaget. Entre la vida afectiva y la conducta, el conocimiento; entre la pulsión y el estímulo, la estructura; entre el inconsciente y el refuerzo, el desarrollo. Piaget ofrece una visión distinta del hombre, quizá más realista en términos históricos. En ella, el condicionamiento ambiental tiene cabida junto a los determinismos biológicos, y la estructura racional y moral del hombre adquiere dimensiones propias, afirmando así la peculiaridad humana más allá de pulsiones y reflejos.

El influjo de figuras como Freud, Skinner y Piaget se ha dejado sentir en ámbitos muy diversos de la actividad humana. El área de la salud mental, por poner un ejemplo, presenta hoy un panorama drásticamente distinto al de hace cien años, aunque bien se podría decir que aquí, como en otros aspectos de la vida social, la respuesta ha colaborado a plantear el problema, es decir, la existencia de una solución ha ayudado a generar su propia necesidad. No es de extrañar, entonces, la increíble proliferación de formas psicoterapéuticas o pseudoterapéuticas en nuestra sociedad contemporánea.

Sin embargo, el mayor influjo de la psicología en la actualidad posiblemente haya que situarlo en su impacto global sobre la cultura del mundo occidental. Son cada vez más numerosas las voces críticas que hoy señalan la psicologización de los principios, criterios y valores en los que pretendemos apoyar nuestro quehacer. La absolutización del individuo y de su realización personal encuentran en la psicología su mejor punto de apoyo. Poco importa que la psicología realmente avale o no ese reclamo

—aunque siempre hay opiniones para todos los gustos. Lo significativo es la referencia sistemática a lo psicológico. En este sentido, si es verdad que la psicología ha coadyuvado a aliviar presiones y opresiones humanas, también es verdad que se ha prestado a menudo al juego de los intereses creados y de las justificaciones fáciles. Bajo no pocos aspectos, la psicología ha llegado a ser una doctrina ideologizada, instrumento útil para quienes, desde una posición ofensiva de bienestar social, centran todo su horizonte en su propia y exclusiva satisfacción.

Cien años de psicología; cien años de luz y sombras en un área de este bregar humano por comprenderse mejor y encauzar más racionalmente el propio destino. Muchas tareas le quedan a la psicología por acometer, y más entre nosotros. Quizá su primera y más urgente labor consista en cobrar conciencia de sí misma, de su historia y, por ende, de la historia de aquéllos de quienes pretende hablar. En este sentido, la psicología —como toda ciencia social— debería cada día comenzar de nuevo, como nuevo es el hombre de cada día. Un comenzar más profundo, eso sí, apoyado en lo que de continuidad haya en el ser humano y lo que de válido —mucho o poco— haya construido ya la ciencia psicológica.

La psicología tiene una cita urgente con el pueblo centroamericano —un pueblo al que mucho se invoca quizá para impedir su propia voz. Sería lamentable que, dentro de otros cien o cincuenta o veinte o aun diez años, la psicología siguiera sin acudir a esa cita, preocupada y ocupada casi exclusivamente con el inconsciente de quienes se encuentran bien abastecidos, mientras la conciencia del pueblo sigue ignorada y desabastecida. En esta búsqueda del alma popular, Wundt, quien escribió una profusa “psicología de los pueblos”, podría ser un buen estímulo y ejemplo.

I.M.B.